Cuando á un monte Jesús subia asociado
A tres de sus discípulos queridos
A quienes distinguía
Con dones más crecidos,
Y sus mismos secretos les abría;
Y á su Padre, como él costumbraba,
Sus reverentes preces elevaba.
Mas remóntase al aire de repente;
Un resplandor innato deslumbrante,
Que dentro como en foco se encerraba,
Hizo que prorrumpiera en gran torrente
Que sobre él desbordose fulgurante,
Todos desparramando sus destellos.
No era la misma faz; sus rasgos bellos
Todos se transformaron; parecía
Que en sus copos blanquísimos trocara
La nieve su vestido:
Su rostro aparecía todo encendido,
Y del sol los fulgores eclipsara;
En viva luz cambióse,
Y como él era entonces ostentose.
Dos Profetas con él aparecieron
A uno y otro lado; el que animoso
Rompió la esclavitud en que gimieron
Mas allá de Jacob los descendientes,
Y los sacó de Egipto, al orgulloso
Tirano sepultando, y sus potentes
Huestes en el oceano tenebroso;
Y aquel que por el viento tremulante
Fué arrebatado en carro flamëante.
Discurrían entre tanto [¿quién creyera
Esto oportuno?] de la cruz y muerte,
Y del inmenso exceso qne más tarde
Llevar á cabo él en Sion debiera.
Esta su gloria es; este amor arde
Siempre en su pecho; forma sus delicias,
Y todas le merece sus caricias.

CANTO VIII.

REY APACIBLE.

HE AQUI A TU REY QUE VIENE A TI LLENO DE MANSEDUMBRE.

Math. 21, 5.

Del torpe labio humano,
Del vuelo del osado pensamiento
Sería el empeño vano
Si intentara en su arrojo y ardimiento
De nuestro rey Jesús la mansedumbre
Delinear aunque en pálido vislumbre.
Hijo del frágil hombre
Él mismo no desdeña de llamarse,
No lo afrenta tal nombre,
Ni así con los mortales nivelarse,
Aunque es el gran monarca de la altura;
Jamás hubo en otro hombre tal dulzura.
Él es Rey de los reyes,
Arbitro y juez del Universo entero,
Él díctale sus leyes;
Mas no arruga su frente adusto, austero;
Ni esa gran majestad y poderío,
Lo pinta melancólico, sombrío.
Con tono imperioso
Su voz él no levanta, ni aparece
Con rostro tempestuoso,
Ni arrogante mirar; y al que merece
Por sus delitos la postrera pena,
Le concede el perdón, no lo condena.
De la muerte, no obstante
Y de la vida es arbitro: ésta ha dado
Muchas veces amante,
Y de ella nunca á alguno ha despojado;
Pues él dejó las fúlgidas mansiones
A traer al mortal de paz los dones,
Y á aquellos qne oprimidos
Gemían entre durísimas cadenas,
En prisión detenidos;

La libertad volverles, y sus penas
Y llanto mitigar y su dolencia;
Mas contra nadie á dar fatal sentencia.
En un crimen reciente
De adulterio había sido capturada
Una mujer; [cruelmente
Era antes esta culpa castigada;
Y al culpable con piedras se le hería
Y un gran cúmulo de ellas lo oprimía.]
Atada la presentan,
La acusan sin piedad sus asesores,
La ley severa ostentan
Vindice de tal crimen, é impostores
Porque sea ejecutada están clamando,
Las piedras cual primero levantando.
¿Qué hará el juez apacible?
Cifras desconocidas traza luego,
Y una no inteligible
Inscripción en la arena, y con sosiego,
Su cuerpo enderezando: el que manchado
No se sienta, les dice, de pecado;
Arroje la primera
Piedra contra ella. Cual de rayo herido
Cada uno se creyera;
Y como si las piedras convertido
Se hubieran contra de ellos; ya la frente
Inclinan, callan, y huyen lentamente.
Él entonces ufano
Dirigiéndose á aquella, desatada
Por tan clemente mano
[Según fama:] ¿dó está la coligada
Turba en tú contra? nadie te condena,
Le dice, aun yo te eximo de la pena:
Ve pues libre y segura;
Vuelve del precipicio, y extinguida
Sea en tí la llama impura,
Y por su fómes ya no seas vencida.
Rey y legislador, Señor supremo,
La ley deroga y el suplicio extremo.
Hacia Salén un día
Sus pasos presuroso encaminaba,
Y á entrar en Samaria,
Cediendo á la fatiga se aprestaba;
Y pedía que hospedaje allí le dieran,
Y la noche pasar le concedieran.

Mas con torvos semblantes
Su humilde ruego aquellos desoyendo
Asperos habitantes,
Ni al cansancio del huesped atendiendo;
Acogida ferinos le negaron,
Y en su cara las puertas le cerraron.
Habrían todos querido
Los discípulos fieles con gran celo,
Se hubiera derretido
En torrentes de fuego el alto cielo,
Que á la ciudad ingrata devoraran,
Y en cenizas humeantes la trocaran.
Tan iracundas voces
No sufre el buen Jesús en su indulgencia,
Y sus pechos feroces
Refrena y los inclina á la clemencia;
Aunque una indignación tan justa y pía
En sus férvidos ánimos ardía:
¡Ah! no sabéis, les dice,
A dó os lleva ese ardor no reprimido;
Cuánto de mí desdice
Ese arrojo indiscreto: yo he venido
No á dar muerte, mas vida á los mortales,
Abriéndoles las fuentes eternales.
Las burlas despreciando
De censores estúpidos, se empeña,
Nada de sí cuidando,
Por conquistar un triunfo, ni desdeña
Los banquetes de aquellos desdichados.
Que gemían por las culpas contagiados.
Y aun á Zaqueo, benigno
Y apacible se muestra, aunque él buscaba
Con arte y lucro indigno
Las riquezas que avaro acumulaba:
Mas calmose esa sed insaciable
Al recibir un huesped tan amable.
Vuelve cuadruplicado
Lo que con fraudes adquirido había,
Y el caudal allegado
Con los pobres mendigos compartía:
Así pagó Jesús, huesped amigo
Al que en sus lares concediole abrigo.
Y aun más es sorprendente
Que afable era á las torpes meretrices,
Calmando así el ardiente

Fuego voraz de aquestas infelices;
Para que esa pocilga las nauseara
Y de nuevo el pudor las sonrojara.
Era la hora del día
En que el sol sus caballos impetuosos
En el zenit regía:
Y vibrando sus rayos ardorosos
Los montes y los prados abrasaba,
Y del bosque las sombras recortaba.
Rendida la natura
Desmaya por doquiera, palidece
Del prado la verdura;
Su corola cerrando, languidece
La flor en el sediento mustio prado,
De sirio por las llamas abrasado:
Se tienden por el suelo
Los animales, su pescuezo estiran,
Y con afan y anhelo
Por la hinchada nariz fuego respiran;
Callan entre los árboles las aves,
Y de las selvas los susurros suaves.
A esta hora fatigado
Por largo andar y por el sol ardiente,
El buen Jesús sentado
Descansaba en la márgen de una fuente;
Muy cerca la opulenta Samaría
Majestuosa á sus ojos se extendía.
De la ciudad cercana,
Para llenar su cántaro en la pura
Cristalina fontana,
Llegose una mujer con andadura
Desenvuelta y procaz, de ojos altivos
Que de amor despedían vislumbres vivos.
El cántaro en la diestra,
Y como era costumbre, sostenía
Sus trenzas la siniestra;
Y ya al hogar sus pasos dirigía,
Cuando Jesús, benigno en su semblante
Agua pidiole en tono suplicante:
Mas ¿cómo la osadía,
Responde aquella, abrigas, hijo siendo
De la nación Judía,
A mí de dirigirte agua pidiendo?
Mas: ¡oh! Jesús le dice, ¡si supieras
Quien soy y al que te ruega conocieras!

Tal vez me habrías pedido
Agua más viva, más salubre y pura,
Que habrías de mí obtenido.
Y otros puntos tocando, al fin la dura
Alma Jesús bloquea con su clemencia,
Y á la virtud la inclina sin violencia.
Y la que inmundo aliento
De los burdeles antes exhalaba;
Ya desde aquel momento,
Otro amor, otras llamas fomentaba
En su púdico pecho que ya ardía,
Y en aras del pudor se consumía.
Y la hidria dejando,
Rauda recorre la ciudad entera;
Enérgica aclamando
A Cristo, como ilustre mensagera,
Y enciende de su amor la ardiente llama,
En todo el pueblo que á su voz se inflama.
Suerte más envidiable
Te hubo de sonreir ¡oh! Magdalena;
Con qué ardor inefable,
De santa intrepidez y audacia llena,
Que avergonzarte entonces no debía,
Penetras de un banquete en la alegría.
Lágrimas derramando,
Entre sollozos flébiles te arrojas,
De Jesús estrechando
Los piés divinos que con llanto mojas,
Y enjugas de tu frente con los rizos
Otro tiempo, de amor armas y hechizos.
Mas esto inútilmente;
Pues otra vez de tu impetuoso llanto
Desbórdase el torrente,
Que impulsa tu dolor, sensible tanto:
Y aunque estreches sus piés con brazo fuerte
Y ósculos mil imprimas; de esta suerte
Jesús con aspereza
No te rechaza, ni rehusa airado
Que unjas su real cabeza
Y sus piés con ungüento perfumado,
Con cinamomo y cacia, y oloroso
Nardo y estacte, bálsamo precioso;
Tesoros que derramas
Con ambas manos en su augusta frente,
Y doquier desparramas

El suavísimo aroma trascendiente,
Aun el rico alabastro quebrantando,
Para tí gota alguna no guardando.
Ese hecho tan glorioso
Júdas ha de tachar como testigo;
Y aunque éste revoltoso
Arrastre á los discípulos consigo;
No dejará Jesús que impunemente
En tí haga presa del escarnio el diente.
De esas lenguas mordaces
Embotará los filos, defendiendo
De sus mofas procaces
Tu fama singular, que irá cundiendo,
Y él hará que resuene, por doquiera
Brilla del sol la rubia cabellera.
Prosigue, pues, termina;
Ungelo con balsámicos olores:
Pues ya casi declina
Tu hermoso sol y esconde sus fulgores;
Mas ¡ay! después ya no te será dable
Que le prestes obsequio tan amable.
De nuestro Rey clemente
Estos son los grandiosos monumentos.
Otro más sorprendente
Se ofrece á nuestra vista. En los momentos
En que cuelga enclavado á un tronco rudo
De piés y manos en tormento crudo,
Infame soportando
Suplicio cruel enmedio de ladrones,
Su espíritu exhalando
Entre inhumanos pérfidos sayones:
Para estos mismos pide con instancia
El perdón, excusando su ignorancia.
Entre esos postrimeros
Flébiles ayes de la muerte fría,
En écos lastimeros
Dirige al Padre su plegaria pía,
Mientras más se encarnizan, y furiosos
Lo insultan sus contrarios alevosos:
Mientras más aguerridos
Mil denuestos le arrojan é improperios,
Y hieren sus oídos
Con mofas y sarcásticos dicterios:
¡Tan grande es la dulzura sorprendente
De nuestro Rey Jesús manso y clemente!

CANTO IX.

EL BUEN PASTOR

YO SOY EL BUEN PASTOR

Joan. 10, v. 11, 14.

¿Quién es este Pastor que del frondoso
Líbano viene, raudo atravesando
Las cumbres de los montes, traspasando
Los humildes collados presuroso?
Anda en rocío empapado, es rubicundo,
Fresco su rostro y de sin par blancura,
Y sin él no hay belleza ni dulzura,
Ni hay cosa amable sobre el vasto mundo.
Por zarzales y horrendas madrigueras,
Por escarpadas cumbres y breñales,
Por cimas, por abruptos peñascales,
Y por regiones hórridas y fieras
Vaga sin tregua al rayo del estío,
Buscando la ovejuela descarriada,
De su tranquilo aprisco arrebatada
Por fatal yerro ó estólido extravío.
Y aunque ya fatigado y jadëante,
Mil tortuosos senderos recorriendo,
No cuida del sudor que va vertiendo
En cálidos arroyos su semblante,
Ni del sol teme el áspero, inflamado
Ceño, ni el hielo de la noche umbría,
Ni escarcha matinal, ni la bravía
Faz del rígido cielo encapotado.
Nada siente en verdad; de amor herido,
En cuidados ahogado, mientra ansioso
Corre por el camino peñascoso
Que su ovejuela prófuga ha seguido.
Nada le arredra; impávido y ardiente
Arrostra todo afán, toda fatiga:
Tanto el amor solícito lo hostiga.
Y aunque todo su aprisco juntamente
Viera desierto, y hórrida y sombría
Rambla sus ovejuelas devorara:
No por eso entre pobres se contara,
Ni su rico tesoro menguaría.

Cual rey por los pastores es tenido;
No conocen sus prados coto alguno
Ni número su grey, y no hay ni uno
Que por él no creyérase excedido.
Mas ansioso y solícito se afana
Por una ingrata descarriada oveja
Y entre los montes á las otras deja,
Como olvidadas, como cosa vana:
Y porque ella no sea presa de muerte,
Afanoso la busca sin sosiego,
Como si única fuera; y con su ruego
La hace al redil volver seguro y fuerte.
Y como él de cantar el arte sabe,
Al uso pastoril, con gran frecuencia
Su voz suena en dulcísima cadencia,
Que acompaña el rabel en ritmo suave,
Por si acaso pudiera el dulce encanto
Atraer la ovejuela descarriada
Y encerrarla de nuevo en la majada;
Fresca tengo su letra, fresco el canto:
"Vosotros todos, cuyo pecho, herido
Por el dolor, solloza y en tristura
Os sumergió funesta desventura,
Cargados ¡ay! de un peso desmedido:
Ea pronto á mí corred, y de consuelo
Henchiré vuestro pecho, y los raudales
De llanto en que os inundan vuestros males,
Enjugaré con paternal anhelo:
Yo mismo á vuestra carga aunque pesada,
Someteré mis hombros, y caricias
Hallaréis en mi pecho y mil delicias,
Y un asilo y dulcísima morada."
Me acuerdo que en los antros del Jordán
Estos versos cantaba, y con destreza,
Grabólos de alto cedro en la corteza,
Y claros é indelebles aun están.
En el tronco también de una palmera
Otras coplas grabadas se leían;
Y según los pastores me decían,
Estas mismas cantaba en la pradera:
"¡Ea! levántate y ven paloma mía,
Casta paloma, ven, sencilla y pura;
En los huecos te haré de peña dura
Tu dulce nido, tu mansión sombría:
Donde segura del milano hambriento

Duermas tranquila ¡Ah! muestra ya tu hermosa
Faz á mi vista, y esa tu armoniosa
Voz, me haga oir su delicado acento;
Pues muy bella es tu faz, y tu voz suave."
Tiernas vírgenes castas de Idumea,
Raudas corred, antes que tarde sea:
Del divino Pastor la herida es grave.
Llenad vuestras cestillas prontamente
De azucenas, narcisos y fragantes
Rosas entre las caltas rozagantes,
Con que él refresque ese su pecho ardiente.
Traed también entre las frescas flores
El membrillo oloroso, y exprimido
Con agua y miel brindádselo al herido
Para calmar un tanto sus ardores.
Atroz contagio, peste asoladora
Cebábase en su grey, que enteramente
Ya perecía; pues hórrida serpiente,
Vomitando ponzoña destructora,
Pérfida había infestado en un momento
Los arroyos y pastos por doquiera,
Y aun la fuente que riega la pradera
Violado había su baba é inmundo aliento.
Los cadáveres yertos, hacinados
Yacían doquier por sendas y caminos,
Ya á la márgen de arroyos cristalinos,
Ya dispersos por montes y por prados.
Y como si esta peste aun no bastara;
Torvos lobos también, fieros ladrones,
Devastaban sin tasa esas regiones
Y cuanto de la peste se librara.
Hasta que de las playas celestiales
Bajó este buen Pastor, benigno, amante;
Y arrojó de su aprisco en el instante
Salteadores y crudos animales.
Extinguió de la peste el foco insano,
Y enseñole á su grey, á que en la fuente, [1]
Que él mismo le mostró pura y reciente
Hecha brotar por su divina mano:
Acudiera á calmar la gran vehemencia
De aquella sed mortal que la abrasaba,
Y el tósigo á destruir, que devoraba
A gran prisa su lánguida existencia.

1 Se enumeran aquí bajo el velo alegórico los siete sacramentos, como puede verlo el lector.

Ni esto bastó: pues bálsamo oloroso
Cen aceite mezclando, un suave ungüento
Preparó á su rebaño macilento
Para hacerlo robusto y vigoroso,
Y aumentar la salud que había alcanzado
En el puro lavacro cristalino,
De vida origen, manantial divino.
Y aun presagióle á su redil amado
Que á impulso de un delirio atroz, vehemente,
Sus ovejas ansiosas correrían
A su ruina y los pastos gustarían
Que envenenó la pérfida serpiente.
Y en lugar de indignarse con el que ama
Perecer, inventó su peregrina
Fecunda ciencia, nueva medicina
Para extinguir tan impetuosa llama.
Y de ciertas palabras misteriosas
Instruyó á los pastores, con que luego
Calmáran de esa insania el torpe fuego,
Y todas las dolencias desastrosas.
Aun no contento; para que ninguna
De aquel pasto mortífero gustara,
Y en su tósigo dulce se enviscara
Dominada de ardor y hambre importuna;
Pan celestial que el cielo preparara,
Manjar muy dulce y saludable dioles,
Y un convite magnífico aprestóles
Que la vida y salud les conservara.
Y para guiar del cielo á las regiones,
A mejores majadas su rebaño;
Por si acaso algún vicio ó antiguo daño
Escondieran sus cándidos vellones,
O si aún débil huella ó mancha impura
Del pasado contagio se ocultará:
Supo borrarla, haciendo que cobrara
Con santa unción espléndida blancura.
Y pues del cielo descendido había
A revestirse de nuestra terrena
Humana carne de miserias llena,
Y más tarde con ansia inmolaría
Por su rebaño su inocente vida:
En su lugar otros pastores deja
Que pudieran lavar la inmunda oveja,
En los fétidos fangos sumergida;
Y del cielo bajar el pan divino

Como el Pastor benéfico enseñoles
Con palabras que él mismo .consignoles
En misterioso rito peregrino
Mas viendo á su rebaño desbocarse,
Y á su ruina correr aguijoneado
Por las furias de amor desenfrenado;
Quiso de su grey mísera apiadarse,
Y al yugo sujetó con su pujanza
Ese amor vago, indómito, flotante:
Y el social fuero endeble, vacilante
Consolidó é inviolable santa alianza.
Dulcísimo Pastor, si hay quien sensible
No sea á tu amor: el odio sempiterno
Sea de los hombres todos; pasto eterno
De tenebrosa llama inextinguible.

CANTO X.

EL TRIUNFO.

HE AQUI A TU REY QUE VIENE SENTADO SOBRE UN POLLINO

Joan. 12. 15

Ya cesa, oh Roma, aunque á tu voz guerrera
Calla el entero mundo sojuzgado,
De jactarte soberbia y altanera
De tus pompas y carros que al sagrado
Capitolio conduces victoriosos,
Y hasta el cielo elevar trofeos gloriosos:
Triunfo más grande, espléndido admirable
Miro en Salén los tuyos eclipsando.
No hay aquí reyes [¡cuadro miserable!]
Cadenas en las manos arrastrando,
Lánguida su mirada, macilentos,
Ni inmensos de oro fúlgidos talentos:
Ni ciudades cautivas ó arrasadas
A este triunfo pacífico enaltecen;
Ni gimen á la muerte destinadas